

Fernando Uriarte

Los célibes



URTIUS definió la abigarrada sociedad novelada en «La Comedia Humana» como la forma moderna del destino del hombre. El pensador alemán entendió con claridad el rasgo central, la característica más importante, de la obra novelesca de Honorato de Balzac.

El tema definitivo de toda la obra, especie de personaje acumulativo y deforme, es la sociedad de ese tiempo. En los albores de la burguesía aparece el genio de Balzac y no es extaño, entonces, que novelando un conglomerado donde domina el burgués, la fuerza de su obra llegue hasta nuestros días, cuando su firme armazón se va desintegrando fatalmente.

Al acometer labor de tal magnitud, nada menos que la disección de todo el mundo de su tiempo (aquí Proust disminuyó el calibre preocupándose sólo de algunos tipos muy finos), debió optar por los caracteres genéricos para fijar superestructuras precisas que le permitiesen un alivio y un orden a su portentosa clasificación:

Son miles de seres que obedecen a esquemas espirituales prefijados en la conciencia social por escritores anteriores como Molière, por ejemplo: aparece el militar napoleónico, el caballero del antiguo régimen, el avaro, el libertino, el falso, el ladrón,

personajes tópicos, de convención, realizados en una perspectiva de proyecciones sociales.

Todos los vicios y las virtudes, la tristeza, la desgracia, los contrastes, el mayor número de situaciones imaginables y posibles en oleajes sucesivos, hasta completar la magna construcción. Rara vez Balzac nos cuenta algo específico, personal, de un hombre; y las veces que lo hace, sorprende la ingenuidad de su observación. En «La Solterona» dice del caballero de Valois de Alençon: «Procuraba no chocar con nadie, y su conversación, sus modales, todo en él parecía rubio como su persona».

Junto a este alarde curioso de penetración en la exclusividad de un sujeto se advierte la inmensa variedad del tópico.

Esta inevitable abundancia, tan necesaria en una obra cíclica y de neto contenido sociológico—ya surge aquí la estadística—de tipos cristalizados y ejemplares, se complementa con una cierta técnica de las situaciones dramáticas, visibles contrastes tácticos repetidos, que condimenta Balzac para solucionar una y otra vez sus novelas y que afectan por lo menos a aquel grupo de «Las Escenas de la Vida de Provincia» reunidas bajo el título de «Los Célibes».

«Petrilla», «El Cura de Tours» y «El Hogar de un Soltero» coinciden en la forma interior y exterior, en los motivos psicológicos fundamentales, segundas figuras y escenario, y son, a nuestro parecer, un buen ejemplo de la técnica a que aludimos. Va hermanada esta manera con la de otro gran suceso artístico de ese tiempo de la burguesía naciente: la música de Beethoven. Las nueve sinfonías contienen toda la gama de la sentimentalidad burguesa y de ellas van saliendo los temas torneados, esmerilados, en todas las variaciones posibles y, a la vez, separados por fina transición.

Balzac en su arte literario se detiene continuamente para elaborar cada personaje junto a su tema particular y lo introduce luego en la corriente interrumpida de la novela. Es así como «El Hogar de un Soltero» semeja un tranvía de los nuestros que

cumple su recorrido con detenciones en cada esquina. Esta solución resulta laboriosa. En música por sus características tan singulares el tratamiento separado y su incorporación ulterior en un todo armónico es más desenvuelto y sencillo.

Las tres novelitas de «Los Célibes»: «Petrilla», «El Cura de Tours» y «El Hogar de un Soltero», pequeñas piedras del enorme hormigón de «La Comedia Humana», se realizan con una similitud de matices y situaciones tan clara que nos permiten dar un vistazo a la martingala, al oficio de Honorato de Balzac.

Petrilla es la humilde muchacha bretona, joven y pura, colocada en un medio donde la ingenuidad, la tibieza de corazón y los suaves sentimientos amorosos de la adolescencia deben sucumbir dramáticamente. Esas fortunas amontonadas, centavo a centavo, en una calle comercial de París, que viajan a Provins, pequeña aldea, a ensayar una convivencia social de revancha, no exenta de algún aparato, conjugadas con las ambiciones políticas y económicas encontradas de diversos grupos de la localidad, junto a la mentalidad de chacal de los Rogrón, tutores de Petrilla, crean un conjunto de situaciones en cuya culminación la inocencia de Petrilla es horrorosamente triturada. Víctima de los intereses sociales encontrados, Petrilla ignora la causalidad de su destino; todo lo soporta en la ignorancia y su grito final está muy cerca de la tumba. El genio objetivo de Balzac deja en pie la evidencia de una atroz injusticia y explica la facilísima digestión que hace de ella esa sociedad caldeada por el interés. Hasta los más decididos defensores de la triste niña se dejan deslizar por la pendiente del disimulo y la conveniencia. Balzac conoce la sociedad burguesa y sabe que es así; es un final cruel y deprimente.

La Solterona Rogrón, que ha acogido en su casa a Petrilla es el vehículo que utiliza Balzac para mostrar en toda su plenitud la sordidez social en torno a Petrilla. La figura de la cruel solterona escorzada en la novela y la suave resignación de Petrilla constituyen el resorte esencial de la obra.

«El cura de Tours» novela corta que contiene una admirable relación del medio social de Tours, pueblo donde nació Balzac, ratifica íntegramente la técnica seguida en «Petrilla» y modifica solamente la naturaleza de algunos personajes dentro del mismo ambiente.

El ser ingenuo, aunque un tanto egoísta, es aquí el curita Birotteau, hombrecillo gordiflón y cómodo que va arrastrado por situaciones de fatal pequeñez hasta un ciego aplastamiento. Es despojado de sus legítimos derechos a pesar de un alentador movimiento a su favor impulsado por importantes personeros de la localidad. Pero los manejos de otra Solterona, confabulada con una sotana, terminan por desalojar a Birotteau de sus agradables habitaciones.

Ya tenemos dos Solteronas: Una frente a la inocencia y la ternura de Petrilla, otra ante el egoísmo sonriente e inofensivo del cura Birotteau.

El relato se desenvuelve entre situaciones insignificantes. En la perdida provincia, en el fondo del claustro de Saint-Gatien, el autor eleva la siguiente reflexión. «¿No es un error creer que el tiempo sólo pasa rápidamente por los corazones dominados por los vastos proyectos que alteran la vida y la hacen tumultuosa?».

El curita Birotteau es cogido por las garras de un poder destructivo—la sociedad—que lo inutiliza rápidamente. Caen estos seres de alma débil al choque con el medio implacable. Podrían estudiarse estas obras por el revés y conocer quiénes y por qué valores singulares logran la pervivencia y la salud en la sociedad Balzaciana.

El tercer libro de la serie denominada «Los Célibes»: «El Hogar de un Soltero», más vasto en proyecciones y más variado de análisis, completa los dos anteriores y demuestra, exhaustivamente, las posibilidades de una técnica novelística. El personaje básico, Juan Jacobo Rouget, cuya situación económica es objeto de la ambición ambiente reúne cualidades muy complejas. Se

dan en su sórdida persona las debilidades y la Soltería y por su evidente imbecilidad es dominado como un pelele tétrico por las ansias sensuales y lucrativas que emergen del fondo de la sociedad, que abate con sus poderes invencibles a los caracteres febles.

Tenemos otra vez escenas magistrales del costumbrismo provinciano, los personajes característicos y las mínimas contiendas de la aldea la orquestación Beethoviana de los temas y todo el cuadro básico de la sociedad burguesa. Balzac ejercita una suerte de impresionante desprecio sobre ella: «El estado en que ha colocado el triunfo de la burguesía a esta cabeza de partido es el mismo que espera a toda Francia y hasta a París, si la burguesía continúa siendo dueña de la política exterior e interior de nuestra nación» (Se refiere a la villa de Issoudun en «El Hogar de un Soltero»).

Se nota en esta novela una laboriosidad fatigadora en los engranajes. Balzac va juntando los cuadros desde Issoudun a París, luego de París a Issoudun mediante continuas detenciones e inmerciones en psicologías y climas históricos o sociales. Estos preámbulos preparatorios permitieron decir a Ortega y Gasset que «a Balzac se le notan mucho los andamios» (Espíritu de la Letra).

Ahí están estas tres novelas perfectas de la sociedad con sus tres solterones repetidos, para conseguir demostraciones similares, que se levantan al rango de vehículos sistemáticos.

«La Comedia Humana» llega holgadamente hasta los días que vivimos con su inagotable contingente genérico. De cada uno de ellos se pueden derivar singularidades felices. Balzac fijó las normas sintéticas en su inmenso afán estadístico. La bella Flora Brazier tópicamente de mujer campesina, alzada en favorables circunstancias, da la tónica para derivar futuros desdoblamientos estilizados. Eran, dice Balzac, «esos hermosos brazos redondos, esa plenitud de formas, esa pulpa satinada y esos contornos atractivos...». Eran todas las posibilidades para ciento treinta

años de historia literaria. Este semidios creador abrió el ancho surco en el que, pasando el tiempo, cosecharían Roger Martin du Gard su «Jacob Thibault» y Thomas Mann su «Hans Castorp», representativos de un momento, el de los años anteriores a 1914 de la vida de una clase social genialmente delineada por Honorato de Balzac. La filosofía de hoy llama a esto la Historia, y la pide a los historiadores. Pues bien, este buen novelista de raza trabajó duros años en la senda deseada, en el documento vivo. Era un hombre de su tiempo y se ocupó de él. Pero aquel tiempo germinal llevaba en su entraña vida histórica y las pequeñas intrigas del gran espejo novelesco se cumplen con maravillosa persistencia en nuestro tiempo.

